

«LA DEMAJAGUA Y CARLOS MANUEL DI. CÉSPEDES»

(Contribución ni Club de Leones de Manzanillo, en su patriótico empeño que se construya el Parque Nacional de La Demajagua.)¹

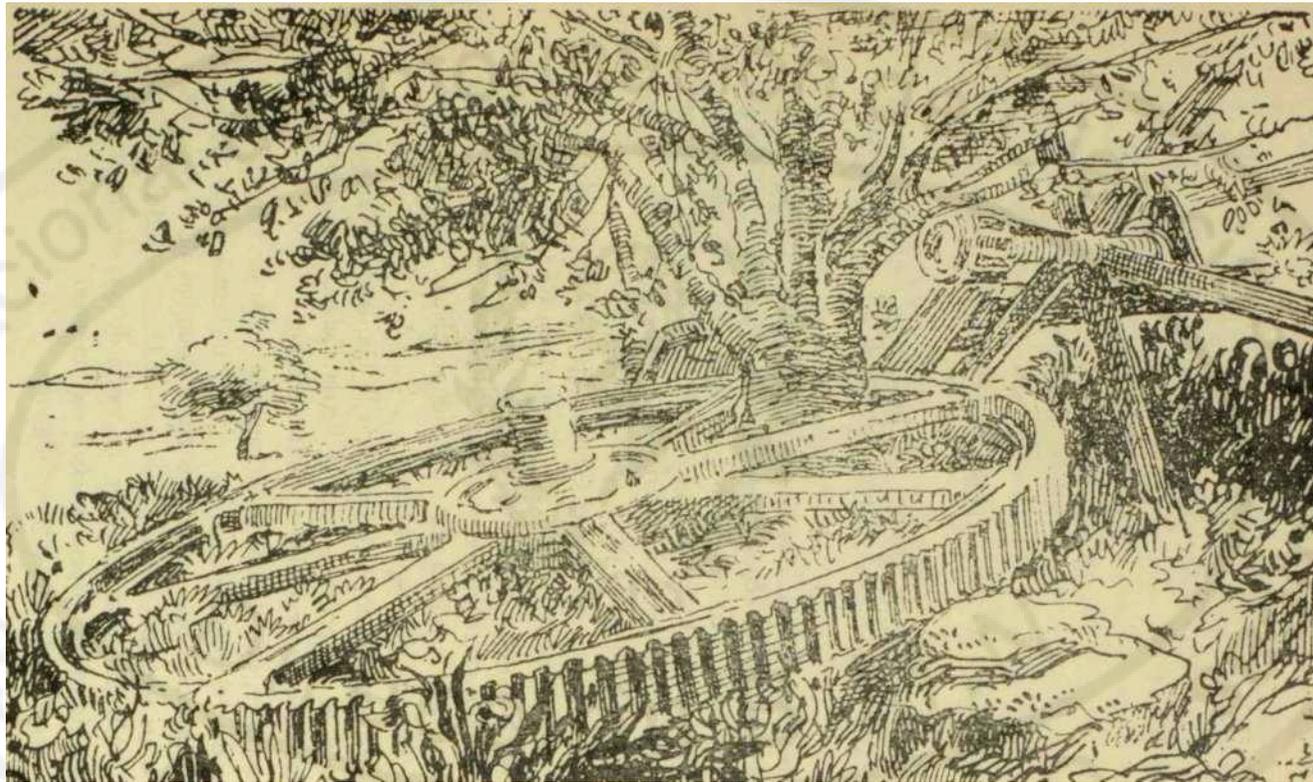
Señor Presidente del Club de Leones de Manzanillo, Señores Leones. Ls para mí gran honor, tener la oportunidad como manzanillero que ama su ciudad natal, y como cubano que siente en lo más hondo de su pecho la historia de las luchas de Cuba por la libertad, poder contribuir, aunque modestamente con esta conferencia, a la consecución de ese ideal de mi pueblo: el Parque Nacional de la Demajagua.

Estimo, que no debe ser sólo el Club de Leones y Sociedades y Pueblo de Manzanillo, los que pidan este Monumento Nacional, sino también todas las Sociedades de la Nación —los Altos Poderes del Estado y sobre todos ellos exigirlo clamorosamente el pueblo cubano—, porque su dignidad se halla resentida por ese desidioso olvido, después de más de cuarenta años de vida republicana.

Veamos a continuación, si exponiendo lo que fue La Demajagua y Carlos Manuel de Céspedes —para la Patria Cubana —aunque sea a grandes rasgos, damos veracidad a nuestro aserto:

La Demajagua, que al tañir de su campana, en la madrugada del 10 de Octubre del 68 congregara a los cubanos blancos y a los esclavos negros a los primeros para rescatarlos de la ignominia de la esclavitud política, y a los segundos, de la ignominia de la esclavitud del cuerpo y del alma... Allí, en aquel amanecer, un varón de corazón magnánimo, reta a la soberbia nación hispana y señala con un gesto la ruta del honor que han de seguir todos los cubanos dignos.

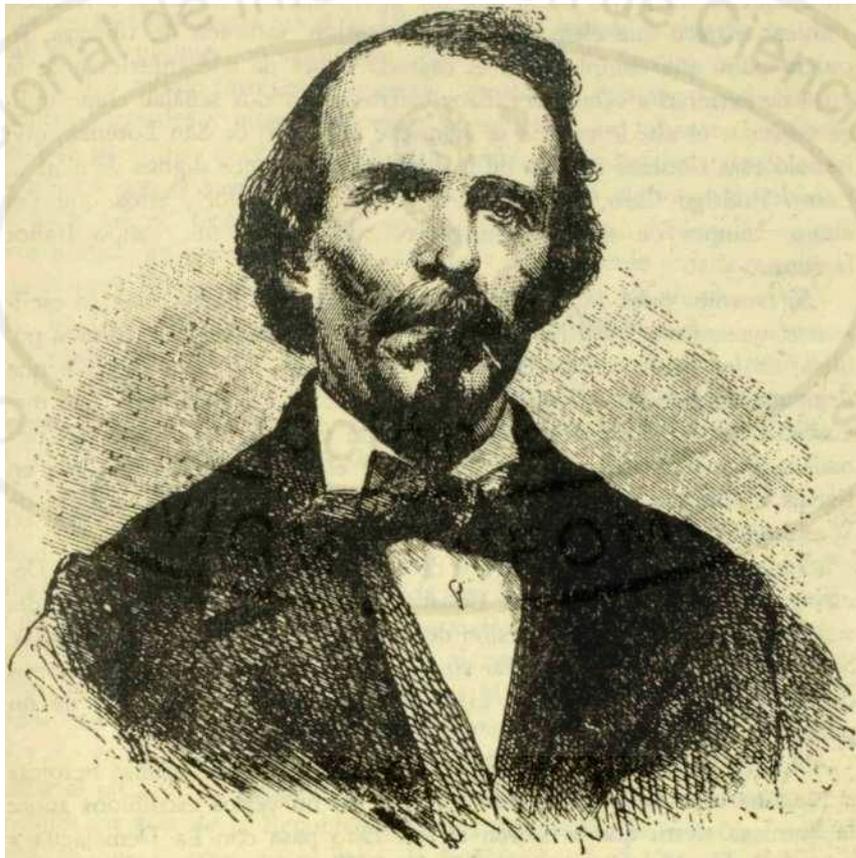
¹ Folleto. Editado en Imp. «El Arte», Manzanillo, 104¹.



EL JAGÜEY DE «LA DEMAJAGUA»

El bombardeo de que fue víctima, poco después del grito de Yara, el ingenio *La Demajagua*, destruyó todo cuanto había levantado allí la mano del hombre. Hoy sólo se conservan piezas sueltas de la maquinaria destruida, y entre ellas la rueda voladora de lo que fue máquina de fabricar azúcar. Por entre sus rayos nació y ha crecido un vigoroso jagüey, monumento levantado por la naturaleza para perenne recordación de aquellos acontecimientos gloriosos de nuestras luchas por la libertad.

(De *La República Cubana*, de París, 1897)



CARLOS MANTEL DE CÉSPEDES

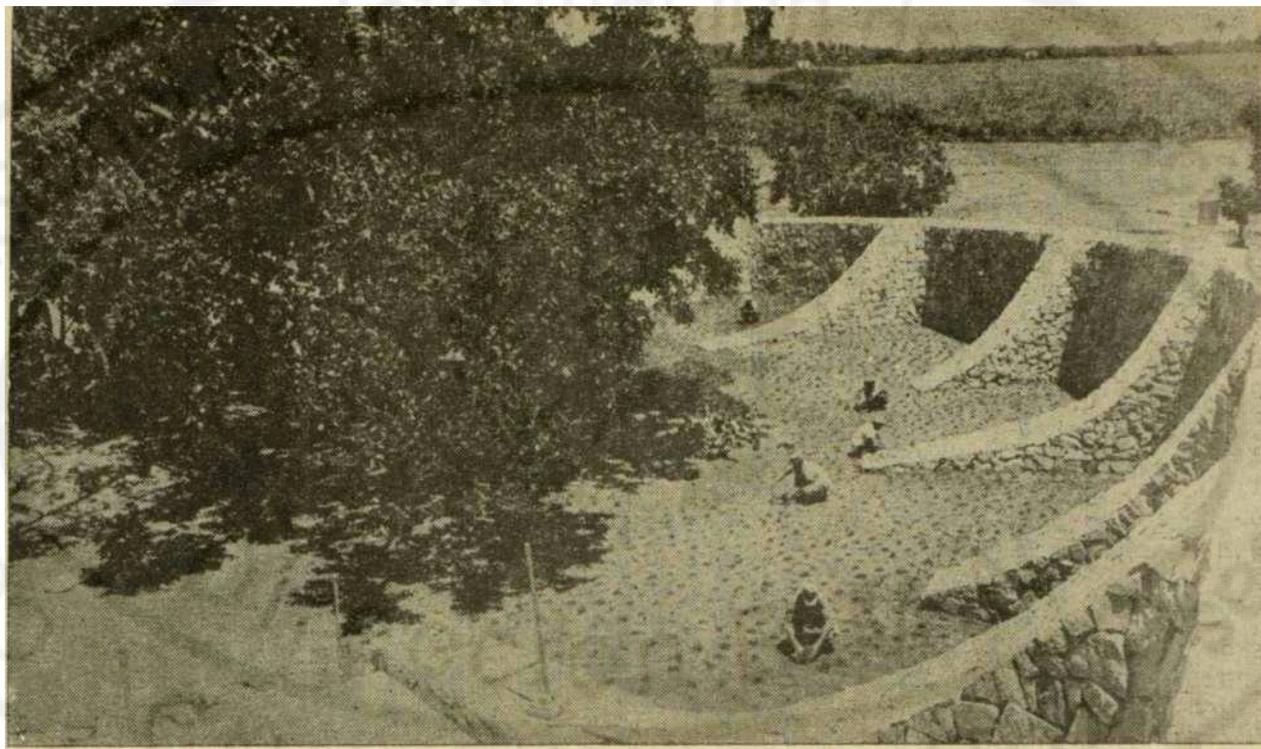
Ahí está ese rincón de nuestro solar manzanillero —jirón de nuestra tierra oriental— guardando en su recinto, la joya más valiosa —el hecho más notable— de toda la historia patria. Allí esta como prueba del sacrificio, como ejemplo sacrosanto, como ara ante la cual se quemaron los inciensos purificadores por la santa idea de: ¡Patria y Libertad!... Allí ante aquellos despojos de lo que fue la riqueza de Cespedes ofrendada al ideal, parece que claman a esta generación, saturada de tibiezas, siquiera para que cumplan con el sagrado deber de adecentarlas ante la vista de extraños a esta tierra. Esos hierros retorcidos señalan como índice acusador el olvido en que se mantiene al Mártir de San Lorenzo, que inmoló esas riquezas en aras de la Idea! ... hagámonos dignos de ella! ... Como Rodrigo Caro, cabe versar:...«Fabio, ¡ay dolor!, estos que ves ahora, campos de soledad, mustio collado, fueron un tiempo Itálica famosa...»

Si tenemos pues, la Demajagua, como Ara de la Patria, cuando escribimos nuestra magistral historia o cuando hablamos desde la tribuna pública, de los heroísmos de la manigua libertadora — no es posible que se mantenga por más tiempo en el más cruel de los abandonos, sin menoscabar los sentimientos patrios de todo cubano digno. Allí no hay nada que magnifique el lugar. No existe el parque Nacional como en tierras de Norte América el «Monte Venum» digno de la grandeza de Washington.

Tan excelsa es la fecha del 10 de octubre que se esculpió en La Demajagua, que nuestra pasada Constituyente, acordó, fué ese el día señalado para la toma de posesión de su cargo a los Presidentes cubanos. Sin embargo, no podemos llevar sin sonrojos a un visitante a los campos de La Demajagua, porque es el ejemplo perfecto de la desidia de un pueblo y sus gobiernos.

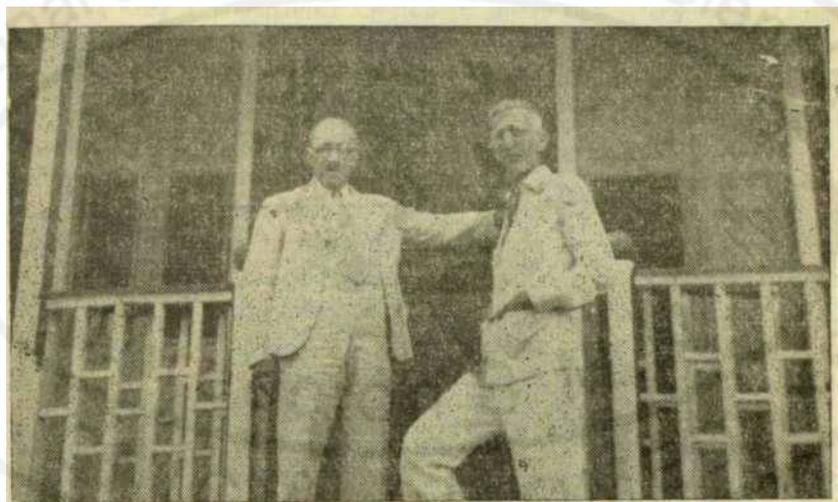
Nuestra historia no tiene que envidiar en hechos o hazañas heroicas a ninguna otra tierra americana, pero sí, en no verlos esculpidos sobre la hermosa tierra que le dieron el ser. Esto pasa con La Demajagua y con el Padre de la Patria, que bien resisten el parangón en la historia con el «Monte Venum» y Jorge Washington. Si grande y sublime fue el Libertador americano para su pueblo, grande y sublime lo es Carlos Manuel de Céspedes para el pueblo cubano. Si Ara y Pedestal de gloria es Monte Venum para la gran democracia yanky, ara y pedestal de gloria lo es La Demajagua para la democracia mambisa. Pero, ¿cómo han dignificado estos dos pueblos y sus gobiernos, estos hechos cumbres de su historia por la libertad? El pueblo y los gobernantes americanos no

han olvidado sus grandes hombres —no sólo en la página escrita, tinta fugaz que admite el papel a borbotones, no con palabra vana y vocinglera de títeres tribunicios o politicastros explotadores de la credulidad y entusiasmo de un pueblo; sino con hechos y realidades de un gran pueblo, que ha sabido cimentarse y nutrirse: con la Verdad — la Justicia — la Democracia — y la Libertad, esas santas abstracciones que han sabido plasmar en realidades, para orgullo de la raza humana, y que no han sabido interpretar nuestros tartufos de siempre, los de sentimientos bastardos y mentes estrechas, expoliadores de la patria, egoístas que han permitido el cruel abandono de los sagrados lugares, que fueron esculpidos con el sacrificio y la sangre de aquellos gloriosos mambises del 68 y del 95. Como regueros de pólvora existen en Oriente Heroico estos hechos, en que cada uno bastaría para hacer grande y darle nombre a la historia de un pueblo. No resisto al entusiasmo de enumerar algunos: La Demajagua y Carlos Manuel, Hecho y Hombre, como partida o principio de la gesta del 68. «Yara, doblemente histórica, primero, por la inmoliación en la hoguera del primer libertador cubano, el Cacique Hatuey y Segundo, por la acción de guerra el 10 de Octubre del 68» Bayate, el real y positivo grito de independencia del 95, el 24 de febrero por el perínclito e inolvidable manzanillero, Don Bartolomé Masó, indicado por la Junta Revolucionaria, jefe para el levantamiento insurreccional para ese 24 de febrero. Sabana de Río, donde el heroico General Calixto García prefiere perder la vida por su mano, que ser prisionero de guerra. Peralejo: Una de las más grandes batallas y primera del 95, en que una vez más, nimba la gloria, al grande entre los grandes guerreros de América y del siglo, a nuestro Maceo, que allí derrota, nada menos que al Generalísimo Martínez Campos, orgullo del trono español y cae en leal combate el heroico Satocildes, el único general que prestigiaba al ejército de España en Cuba. Bayamo la Heroica, que ofrenda sus hijos en aras de la Revolución y cuna de nuestro Himno Nacional. Baire, en que se consigna el grito de Independencia del 95. Dos Ríos, donde como lo pidiera el Maestro, «cayó de cara al sol, frente a frente al enemigo». El Mango de Bijagual, donde se reúne la Cámara mambisa y depone al Presidente Viejo, dentro de los cánones de la Constitución y que acepta sin exhalar un reproche. Mangos de Baraguá, famoso por dos hechos cumbres de nuestras revoluciones. En el 68, protestando de la Paz del Zanjón ante Martínez Campos, y en que airado Maceo increpa al Jefe español, como condición de Paz, «la Independencia de Cuba o NADA». En el 95, bajo la fronda de los copudos mangos, tes-



«La Demajagua» es en la actualidad un Monumento Nacional de Cuba. El 10 de octubre de 1968 con motivo de celebrarse el Centenario del levantamiento armado para iniciar la independencia bajo la dirección de Carlos Manuel de Céspedes, el Gobierno Revolucionario cubano inauguró dicho Monumento con la restauración del lugar donde estuvo el antiguo central azucarero. El anhelo del patriota y médico rural, Manuel Sánchez Silveira, se ha visto realizado.

tigos fieles del honor salvado, se apresta el Titán de nuestras guerras para la Invasión de Occidente, hecho estratégico quizás si el más atrevido y glorioso de todas las campañas guerreras en América en Conquista de la Libertad: Loma del Gato, allí cayó José —llanamente así: José, porque hasta los niños de nuestras escuelas saben que cuando se habla de Cuba al patronímico de Antonio o José les sigue el apellido Maceo, los hermanos mas heroicos de nuestras revoluciones independentistas. San Lorenzo, solo y casi ciego, barranco abajo, muere el Primer Presidente de Cuba Libre, Carlos M. de Céspedes son inaccesibles o se conocen por algún pequeño obelisco que ridiculiza la grandeza del lugar.



El Dr. Manuel Sánchez Silveira recibe en su casa de Media Luna al Dr. Carlos Manuel de Céspedes y Quesada.

No basta que un hermoso paseo digno de Céspedes nos conduzca al Parque Nacional de la Demajagua, y podamos mostrar henchida el alma de placer los sentimientos cubanos por el respeto a un glorioso pasado.

Posiblemente, no sepa el Dr. Ramón Grau San Martín, nuestro Presidente cubano y quizás si la generalidad de nuestro pueblo, que si sabemos hoy donde se halla La Demajagua, lo debemos a la lujuriente y caprichosa naturaleza de nuestra tierra, que hiciera nacer un jagüey

entre los rayos de la catalina del Ingenio destruido, para decir a esta generación que fue allí donde se fundó el 10 de octubre de 1868 y no anduviéramos ahora, para hacer el Parque Nacional, buscando La Demajagua entre los picachos de la Sierra Maestra, como sucedía con San Lorenzo donde cayera el actor de La Demajagua, que se buscaba a las faldas del Turquino y tan acuciosa fue la búsqueda, que allí lo situó no solo la historia sino también los mapas oficiales y con dos sables en cruz, como lugar histórico, se enseña a nuestros niños en las escuelas: que allí cayó el Padre de la Patria!... cuando es lo cierto, que fue en la Sierra del Cobre, término del Cobre, a orillas del río Contramaestre...

Si esto es así y ya está subsanado el error por historiadores y geógrafos, no es desacertado lo que digo de La Demajagua, y vaya si tendrá importancia para la historia cubana donde fue inmolado el Padre de la Patria!... de existir allí un Parque Nacional desde hace 40 años, no pasaríamos esos rubores!...

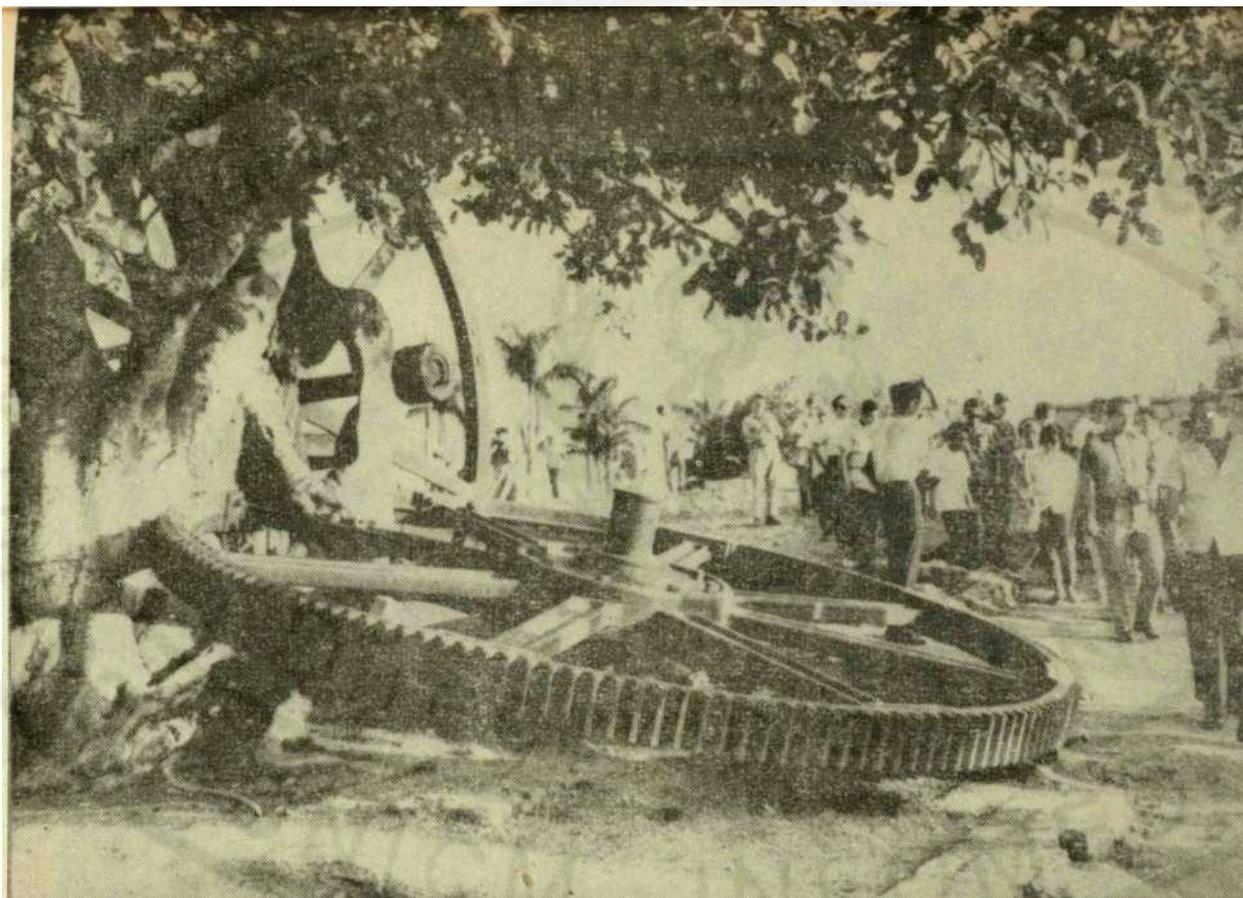
Un país fracasa y es inminente su ruina, cuando desgraciadamente el pueblo no tiene confianza en nadie, por habersele engañado siempre por acontecimientos o hechos, y por los hombres; de aquí aquella sentencia del Dante, de un pueblo descreído y cansado de engaños que gritaba: «viva nuestra muerte» y ¡muera nuestra vida! pero en nuestro pueblo, gracias al Señor, ha renacido la fé desde este nuevo 10 de octubre de 1944, y es por ello que creemos hoy en el Parque Nacional de La Demajagua...! no sólo de pan vive el hombre!...

Hemos dicho algo de La Demajagua, vamos ahora a tratar de Céspedes a grandes rasgos: en alguna parte una vez dije, y quiero repetirlo hoy, como ofrenda al hombre del 68, que para bosquejar a Céspedes, se me ocurría copiar un redundante párrafo, del gran pensador uruguayo, José Enrique Rodó, al expresarse de Simón Bolívar: Oídle:

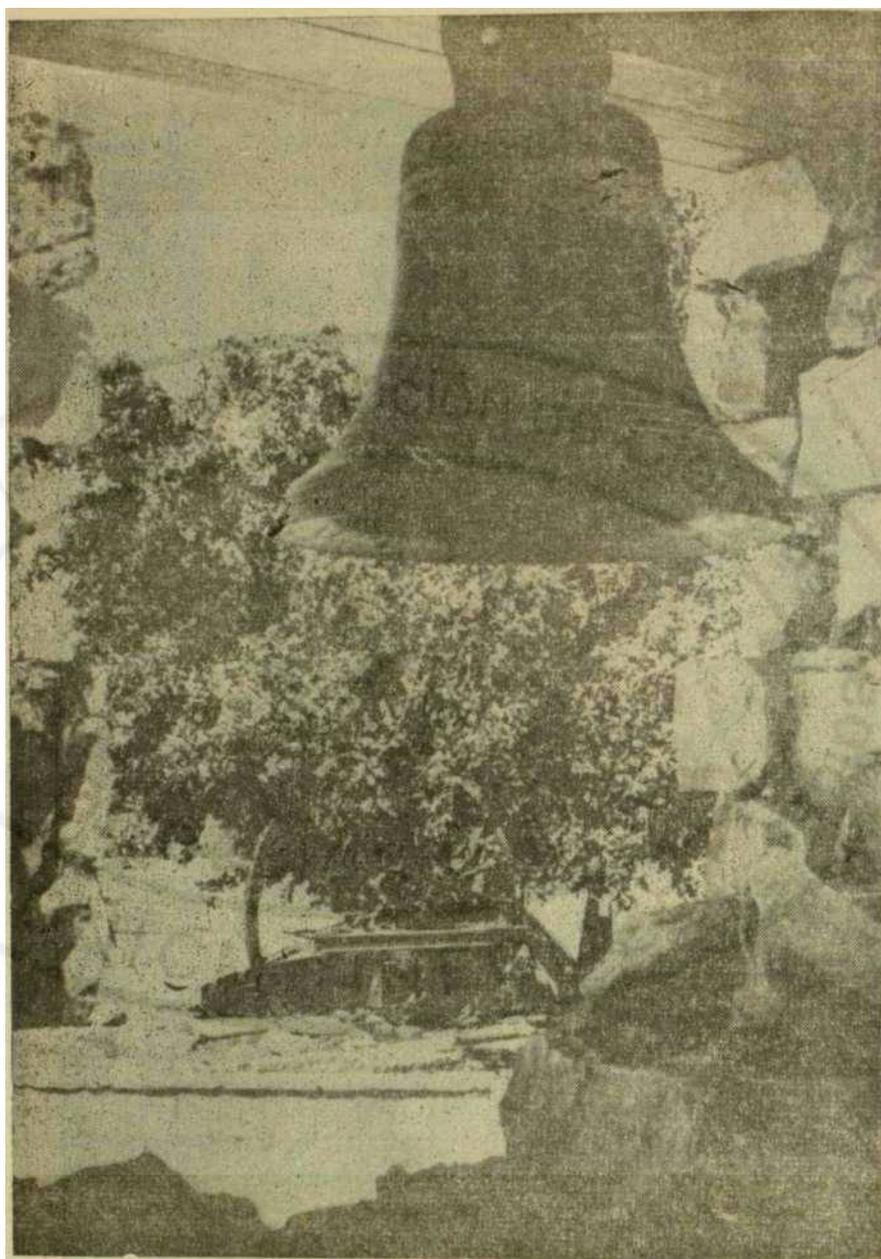
«Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes y grande para sobrellevar en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza».

Voy a hacer por demostrar como cada frase de Rodó, se ajusta perfectamente a la vida de nuestro Céspedes. Veámos:

«Grande es Céspedes en el Pensamiento». Grande en el pensamiento lo fue Céspedes, que lo tuvo puesto siempre, en ver a Cuba Libre. Como Bolívar, había recorrido el Continente Europeo y acabado de cultivar allí su mente; llegando a expresarse en todas las lenguas de aquella Babilonia. En España actuó al lado de los republicanos españoles, pen-

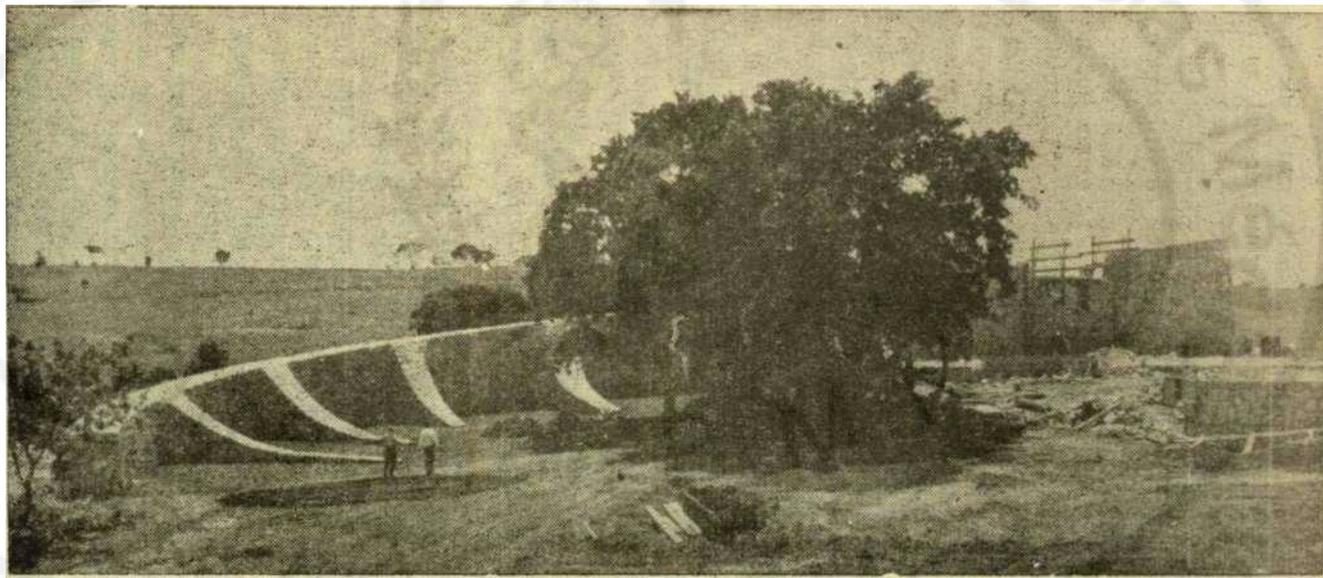


**El Jagüey y la Catalina del antiguo ingenio «La Demajagua», de Carlos Manuel de Céspedes conservados en
en parque nacional por el Gobierno Revolucionario.
(Cortesía de la revista «Bohemia»)**



Espléndida estampa de la campana de La Demajagua». A través del muro que simboliza la Revolución, desde un ángulo impresionante, se pueden observar las reliquias históricas del ingenio cespediano, el Jagüey y la Catalina.

(Cortesía de la revista «Bohemia»)



Un aspecto del nuevo Parque Nacional «La Demajagua».

sando en su regreso a la patria esclavizada y con la idea fija de hacerla independiente. Su gran prestigio y fortuna personal, su ilustre profesión de abogado, su gran valor cívico y personal, se pone al servicio de la idea, al pensamiento absorbente de la libertad. Poeta, canta en sus versos el porvenir de su pueblo y profetiza en viril soneto, morir a las faldas del Turquino.

«Grande es Céspedes en la acción». - Le vemos que no puede contenerse ante la reflexión y espera prudente de sus compañeros de conspiración; se olvida de sus 50 años, siente hervir la sangre como rozagante mozo; reúne sus parciales, los arenga con aquella su viril palabra, culta y amena; suelta a sus esclavos, diciéndoles: que son sus hermanos, sus iguales, primer acto de Libertador, primer acto de Justicia, primer acto de grandeza de aquella grande alma. No duerme aquella noche soñando con los futuros hechos heroicos, pensando en la gran responsabilidad que echa sobre sus hombros. Al amanecer, lleno de fe en el porvenir pide su corcel de guerra, calza las espuelas y salta sobre el generoso bruto que ha de llevarle a la batalla. Como el águila, fija la vista en la presa más cercana, y se lanza sobre Yara. En Yara, prueba Céspedes los amargores de la derrota. Pero como Simón Bolívar, es grande en el infortunio, como aquel, se halla derrotado y solo en el bosque umbrío. Pero su ideal no le abandona, el optimismo y fé en su causa le acompaña. Reunido al fin a un pequeño grupo de los dispersos compañeros, oye exclamar: «todo se ha perdido!...» Céspedes contesta enérgico: «aun quedamos 12 hombres: bastan para hacer la Independencia de Cuba.»

Al día siguiente abraza a su hermano Pedro en Nagua, a las faldas de la Maestra. Allí se reorganiza y se encuentra jefe de una columna de valientes, que alcanzan a medio millar de hombres. Ya Yara le parece poco, pero no olvida la dura lección allí recibida, es una experiencia guerrera. Ahora su ideal es Bayamo, la tierra natal, la tierra de sus ensueños, y a ella se dirige. Ya en Barrancas suman un millar sus soldados, a la puertas de Bayamo ya suman dos mil y en el ataque son ya tres mil los combatientes. ¡Qué juvenil se siente el alma!...

«Grande en la gloria». ¡Qué gloria su entrada en ciudad natal!... Bayamo la heroica, le recibe en sus brazos, con las más hermosas de sus mujeres, su pueblo le rinde una verdadera apoteosis de vencedor. Él sereno y severo, organiza sus aprestos militares, para consolidar la revolución, hasta el cruel instante del supremo sacrificio. La salud de la Patria exige del preclaro hijo, que se inmole el pueblo de sus amores,

el suelo mas caro a su corazon, la ciudad santa, su pueblo natal, donde cada piedra es un recuerdo, donde cada hogar es un altar. Es su pueblo y allí moran los manes familiares; es la ciudad orgullosa que le coronó con el laurel de la victoria y de la gloria; tanto oropel caro a sus sentimientos hay que destruirlo. Apretado el corazón, pero sereno el semblante del guerrero, hace cenizas su nido. Cada mambí a una orden, echa el fusil a la espalda, envaina el tajante acero y enarbola en su diestra una tea. Todo Bayamo es una hoguera, sus hijos van a la guerra y no quieren que tan orgullosa matrona sea profanada por los pies de déspotas hordas.

¿Qué hace aquel viejo guerrero, solitario en la colina? ¿Hará como Nerón, que tañerá su cítara frente a Roma destruida por el fuego? ¿Quién es el guerrero cuyo rostro como el de la Magdalena, es un río de lágrimas ardientes?... Este hombre solitario es el autor de la obra y viene sin testigos a derramar lágrimas de sangre, por el afligido corazón. Viene a jurar una vez más, por las cenizas de la ciudad natal, que no será baldío el sacrificio. Él llega como Gran Sacerdote a ofrecer la víctima sagrada en aras de la Patria, a tributar con lo más querido a la Diosa Libertad.

Hay pueblos enteros europeos desaparecidos bajo la metralla de la guerra. Mañana todos esos pueblos serán reconstruidos. Pobre Bayamo... su montón de calcinadas ruinas es el único monumento que Cuba ha levantado a los héroes del 68. Bayamo heroica, que purificásteis con el fuego el suelo cubano para legarnos Patria, espera aún el día de la justicia a tanta grandeza.

Pero bien, a la diosa libertad, ante cuya ara hemos visto ofrendando a Céspedes en Bayamo, quiere aún más sacrificios del héroe-quiere otra prueba más de magnanimidad. Quiere sangre, quiere víctima. Céspedes ofrece lo más amado, lo más caro a su corazón, le ofrenda a su hijo Oscar... Oscar está en manos de los españoles y estos creen que por la libertad del hijo tendrán al padre. Mandan emisarios ofreciendo... Céspedes se indigna y contesta: «Oscar sólo no es mi hijo, - yo soy el Padre de todos los cubanos». ¡Cuánta amargura y sacrificio, cuantas angustias por la Patria! ¡Cuánto dice esa frase sublime al corazón! ¡Qué cara paga Céspedes la redención de un pueblo y cuánto se ha discutido, cuánto se ha escatimado su grandeza. Lo que más se admira de este hombre es la edad en que emprende esa Odisea de hacer a Cuba Libre. Todos los grandes sacrificados por el ideal de la libertad de los pueblos, han sido jóvenes militares. Eran poseedores de ese ardor inconmensurable que

dá la juventud, ese venero inagotable de energías, torrente vertiginoso que los fuerza a un solo fin, a una sola pasión, una sola Meta, al pináculo de la gloria! Han sentido la sangre moza capaz de todos los heroísmos y de todas las irreflexiones. Bolívar, Washington, el Gran Mariscal de Ayacucho, San Martín y nuestro Martí, continuador de la Gran Obra de Céspedes, desarrolló su mente prodigiosa, bebiendo el néctar divino de la libertad, que se escanciaba en los campos de Cuba Libre. Su epopeya del 95, fue el monumento fundido con los ríos de sangre de la epopeya del 68. Céspedes no tuvo más ejemplo a seguir que el fracaso de otras tentativas, que la lección de desilusión que dio nuestro pueblo al heroísmo de Narciso López. Esto dicho aumenta su grandeza, agiganta su obra, es la señal inquebrantable de su fe. Donde otras fracasaron él será vencedor.

«Doblemente grande Céspedes en el Infortunio». Las penas del alma las conoce y padece antes de la Constitución de Guáimaro. Los celos se van tejiendo a su paso y su clara visión penetra en la oscuridad del porvenir. Su susceptibilidad exquisita de hombre de mundo, palpa la desconfianza que se urde en el ambiente y la manifiesta hostilidad del poder legislativo a su persona. Sabe que sólo un poder dictatorial sería capaz de poner unidad en el ejército; pero también conoce el patriotismo fanático por la libertad que se quiere conquistar, y que se mataría esa fé con una dictadura militar. La Cámara legisla idealmente para un pueblo que de hecho no existe en la revolución, desconociendo que lo que tiene son soldados, no ciudadanos y que la ley del soldado es la disciplina militar; sin disciplina no puede haber orden, y por lógica consecuencia el desorden mataría la Revolución.

Céspedes, siente que le amenaza el manto sombrío de la deposición, él no le teme, lucha por un ideal y valientemente caerá por él No renuncia la Presidencia por estimarlo una cobardía, no quiere que mañana se le tache de débil y responsable del fracaso de la revolución, que él visionario divino prevé en el libro del destino. Pone en su defensa la vida pura é intachable plagada de grandes acciones, su austeridad ejemplar y la historia de todos los pueblos que han luchado por la libertad. En fin, agota todos los medios puros para salvar la revolución. Su valor indomable, su carácter inflexible, su voz de orador rica en razonamientos y prevenciones... todo fue inútil, porque no quiso nunca usar del poder de la fuerza. Oid sus palabras ejemplares a sus parciales, que no deben olvidar los países latinoamericanos, ¡por mi causa no se regará sangre en el suelo patrio!...

Por fin, llega el malhadado momento para la revolución del 68. La Cámara reunida bajo el copudo mango de Bijagual, depone al Presidente. ¿Cómo recibe Céspedes la noticia? Al oficial que le entrega el pliego le alarga su diestra y sonriente dice: «Ya no soy el Presidente de la República. Le doy a Ud., las gracias por haber sido el portador de la nueva, de que se ha quitado de mis hombros una carga que ya me habían hecho insoportable». Desde este supremo instante comienzan los reveses para las armas libertadoras, minando la indisciplina de los altos jefes el porvenir de la revolución, que va decayendo paulatinamente hasta el Pacto del Zanjón. ¡La Revolución se ha perdido, como previera Céspedes!

Cubanos: aun no hemos llegado a la grandeza del Padre de la Patria, para sobrellevar en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Ella comienza ahora: el nuevo gobierno que se instaura en la manigua por la Deposición del Presidente, abandona a su suerte al Hombre de La Demajagua. El hombre del 10 de octubre, queda solitario en medio de las montañas de la Maestra, rodeado de los eternos enemigos. No sólo le quitan sus ayudantes, incorporándolos a las filas, sino que la escolta para su defensa personal también le es retirada.

Viejo-enfermo-desgaste'.do por los azares de la guerra, agobiado por la lucha, casi ciego-el primer Presidente de Cuba ambula solitario por la Sierra. De los hombres de La Demajagua, de los vencidos de Yara y vencedores de Bayamo, no le han dejado más, que a su hijo Carlos Manuel. José de Jesús Pérez —su amigo del alma—, condolido del viejo amigo, le cede una estancia que tiene en San Lorenzo, en medio de la Maestra, a las orillas del río Contramaestre. Pero la entereza de carácter de este grande, no le permite exhalar una queja. Sigue siendo el mismo hombre enérgico y viril, que frente a las tropas del fiel Máximo Gómez lo destituye de su mando por desobedecer órdenes. Lo sustituye con el Titán Maceo, el que titubea sorprendido. Céspedes increpa a Maceo: «vaya Ud. a cumplir inmediatamente la orden, o yo sabré hacérsela cumplir». Gómez quedó depuesto y Maceo se hizo cargo de las fuerzas.

Pensemos que aquellos dos hombres eran Maceo y Gómez, el Generalísimo y ti Lugarteniente, las dos cumbres en que descansaron nuestras revoluciones.

Por fin, llega el día en que el hado dispuso de la libertad de aquel fornido espíritu y que terminen los acerbos dolores del alma. Él había sido el Fundador, había sido el Apóstol, había sido el Caudillo, necesitaba

ser el Mártir, y como el Nazareno, cargar, cargar con la cruz del dolor y la injusticia hasta el Calvario.

Señores, Martí cayó, pero cayó rodeado de los suyos, adorado, aclamado, vitoreado. Cayó Martí, pero cayó henchido de orgullo, pletórico de gloria cayó con la visión santa de su Cuba soñada, libre y soberana, cayó con la sonrisa del héroe, pero Céspedes, ¡ah! Céspedes también cayó... pero sin una mirada amiga, amargada el alma noble-nublado el horizonte de la libertad-viejo-ciego y abandonado. Cayó solo... qué combate y qué combatientes: de una parte él, el grande, rodeado de los altos picos de la Sierra y sus más cercanos socorros-unas débiles mujeres y unos niños;-de la contraria, no se sabe... cien... mil, un ejército-no importa cuántos— él sabrá morir como corresponde al hombre de La Demajagua; al Primer Presidente de Cuba!...

Cae de un balazo en el desigual combate, no importa: como héroe de los cantos de Homero, como Ulises ó Aquiles, como un Héctor ó un Agamenón; se levanta y sigue la pelea, él solo contra ciento... hasta que rueda en un barranco y se siente morir, escucha la plebe que se acerca, pero aún tiene vida para el postrer esfuerzo, ellos no deben profanar la agonía del Presidente Viejo y cortar por su mano el último hilo de su preciosa existencia. Así cayó Céspedes, así acabó este hombre grande entre los grandes cubanos— de lo mas grande que tiene la historia de nuestras luchas por la libertad—.

Para terminar esta semblanza quiero recordar a los hombres de coloide Cuba que fue él primero que os llamó hermanos y rompió las cadenas de ignominia que martirizaba a vuestros antepasados. Cubanos todos-negros y blancos-adoremos a nuestro Padre común- al Padre de la Patria- que como Jesús, lo dió todo, a cambio de lo mas grande que tiene el hombre como hombre-: ser libre!...

Esto dicho de Carlos Manuel de Céspedes y de La Demajagua, ya especula mi mente creyendo realidad el Parque Nacional de La Demajagua; imagino el litoral de nuestro puerto hoy sucio y deslucido, serpenteado por un hermoso Malecón-el Malecón de Bartolomé Masó-como recuerdo perdurable en Manzanillo, del más preclaro de sus hijos y a quien se debe incuestionablemente, que no fracasara la Revolución del 24 de febrero de 1895 y con ella quizás si no hubieran caído para siempre al pisar nuestras playas, Maceo, Gómez y Martí. Veo ese paseo ensanchándose en forma de gran Parque, al unirse al actual desmantelado que

lleva el preclaro nombre. De allí orillando nuestro golfo, partir el gran paseo de Carlos Manuel de Céspedes, terminando en el Guanal.

El Guanal, otro folklore manzanillero, parque natural con cientos de esbeltas palmas canas, testigos vivientes, de que allí, bajo sus frondas, por primera vez, en el 95, la célebre Caballería de Guá rompió con el pecho de sus corceles de guerra y el coraje de sus jinetes los célebres cuadros de la infantería española. Fue esa aquella misma caballería que se cubrió de gloria bajos los ojos sorprendidos de Maceo, la tarde aquella que decidieron con su bravura la descomunal pelea de Peralejo, comandados por los hermanos Ríos — Amador Guerra y Chongo Rivero —guerreros todos de ilustre renombre y prosapia. Frente al Guanal la colina inmortal a semejanza a las colinas de Atenas, digna también que se alce allí majestuoso é imponente de severidad— algo así como el Partenón, templo dórico ateniense a la gran Diosa Minerva, ó su semejante en Washington «Lincoln Memoriam» que sobrecoge por su magnificencia y por la esfinge del gran varón que encierra sus columnas. Así es como debe morar nuestro C.M. de C- como debe ser nuestro Templo de La Demajagua, —digno de nuestros mambises— digno del Primer Presidente de Cuba Revolucionaria —digno del recuerdo de los hombres del 68 y del 95 y como deber ineludible de esta generación republicana que goza con ventura vida de hombre libre, por los sacrificios de vida y hacienda— de aquellos grandes de la Patria.

24 de febrero de 1945.